

## **GLOSAS A LA TRADUCCION DE LOS VIAJES DEL CORONEL J. P. HAMILTON**

**Por: LUIS MARTINEZ DELGADO**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 47 y 48, Volumen XIII  
Tercer y cuarto Trimestres de 1955*

**E**l gerente del Banco de la República, doctor Luis Angel Arango, acaba de publicar, en pulcra edición, dos nuevos volúmenes del "Archivo de la Economía Nacional" con los Viajes por el interior de las Provincias de Colombia, escritos por el Coronel J. P. Hamilton, editados en 1827, por John Murray, en Londres. La versión a nuestro idioma de esta obra es la primera que ve la luz pública, gracias al Banco de la República cuyo gerente es un desvelado propulsor de la cultura nacional.

Es sensible que no se hubiera adicionado la publicación de los Viajes del Coronel Hamilton con algunas notas necesarias, destinadas, principalmente, para la generalidad de los lectores no muy versados en nuestra historia. Por ejemplo, en el segundo volumen, refiere Hamilton su visita a Popayán y habla de la residencia campestre de Capiro de propiedad de un señor Arboleda. En primer lugar, el nombre de la hacienda no es Capiro sino Japio, y en cuanto al señor Arboleda, se trata, sin duda, de don José Rafael Arboleda Arroyo, casado con doña Matilde Pombo y O'Donnell, padres de don Julio Arboleda y de don Sergio.

En el volumen primero, dice el Coronel Hamilton que hallándose en Santa Marta el general Morillo, que vivía en el vecindario, dio una gran fiesta en la plaza de Santa Marta a todas las tropas para celebrar la libertad del país del yugo español. Desde luego, no puede referirse al Pacificador Morillo, y fuera del famoso Apolinar Morillo no figura otro militar del mismo apellido entre los numerosos

oficiales de la guerra de la independencia. Hay, pues, un error grave, que muchos lectores no podrán aclarar bien.

Como las anteriores, podríamos anotar otras observaciones que justifican nuestros puntos de vista que, desde luego, no afectan la excelente publicación de los nuevos volúmenes del "Archivo de la Economía Nacional".

Como lo anota el doctor Antonio Álvarez Restrepo en el prólogo de los Viajes, hay páginas admirables escritas por Hamilton, sin pretensiones literarias, que deleitan por su fuerza descriptiva. Por ejemplo, al hablar del Libertador, a quien no conoció, el autor escribe:

*Bolívar en su físico es de pequeña estatura, pero musculado, bien formado y capacitado para sufrir extraordinarias fatigas que me han sido confirmadas por uno de sus ayudantes de campo y por el coronel Santamaría, el cual, con otros oficiales de Bolívar, muchas veces se quedaban a la zaga de su jefe en sus largas y monótonas jornadas por las montañas y vastas llanuras de Colombia y Perú. Los ojos de Bolívar eran muy oscuros, grandes y llenos de fuego de la inspiración, que denotaban la energía de su espíritu y su grandeza de alma; su nariz era aguileña y bien formada, su rostro era largo y surcado prematuramente de arrugas debido a la inquietud y ansiedad; su complexión era pálida. En sociedad, Bolívar era de modales vivos, buen conversador y lleno de anécdotas; poseía la feliz habilidad, lo mismo que Bonaparte, de conocer enseguida el temperamento del hombre y colocarlo en una situación donde su talento y habilidad fueran útiles para el país. Una de las raras virtudes pertenecientes al carácter de Bolívar era su desinterés completo y poca consideración que se tenía a sí mismo dentro de las más severas privaciones, siempre deseoso de repartir cuanto tenía con sus compañeros de armas aun hasta la última camisa.*

El lector habrá de notar el uso errado del tiempo de los verbos en el párrafo transcrito. El traductor de los Viajes dice que "Bolívar en su físico es..." y a renglón seguido emplea correctamente el pretérito.

Es apasionante el comentario de Hamilton sobre el paso del ejército libertador por el Páramo de Pisba. Uno de los héroes de las tropas libertadoras le refirió al Coronel que

*. . .después de marchar cincuenta días seguidos con solo tres descansos, penetramos en la montaña a través de su bosque habitado por indios con gran sufrimiento de nuestros soldados cuyos pies sufrían maltrato horrible al andar descalzos bajo la lluvia por sobre rocas y guijarros. Al fin llegamos al famoso Páramo de Pisba cuya descripción solo puede hacerse con estremecido*

*horror por quienes tuvieron la fortuna de sobrevivir. Tres días antes que los ingleses habían pasado las tropas colombianas; así es que a mi paso, siguiendo después el mismo camino, encontré los cadáveres de ochenta soldados por lo menos. Cuatro oficiales y cuarenta soldados, entre ellos algunos alemanes, pertenecientes al regimiento Albión, yacían muertos a la orilla del camino, y tuve la tristeza de ver expirar a algunos de estos moribundos a mi lado sin poderles prestar auxilio alguno. En tan angustiada situación hice todo esfuerzo para quitarles los fusiles, pero resultó baldío, pues se aferraban ferozmente a ellos hasta morir. . .*

Como se nota en la mayor parte de la traducción de los Viajes, quienes hicieron la versión al castellano no fueron muy afortunados en su empeño. En la transcripción anotada habla Hamilton. Con referencia a un tercero, de ochenta cadáveres de soldados, y a continuación disminuye el número a cuarenta. Encontró el narrador cadáveres y agrega en seguida que vio expirar a algunos de ellos.

No menos interesante es la relación que hace Hamilton de la señorial residencia de los Mosqueras, en Popayán, del lujo y refinamiento de esta familia, y de sus relaciones con la alta sociedad payanesa cuyo trato le recordaba al Coronel las rancias familias de Inglaterra.

El lector más desprevenido fácilmente caerá en la cuenta que el segundo volumen de los Viajes está mejor traducido que el primero. Se observa en él mejor dominio del idioma ya que el anterior abunda en giros que pugnan contra el buen decir. Es posible concluir que fueron traductores diferentes los que hicieron la versión del inglés a nuestro idioma de los dos tomos de la obra de Hamilton, o bien, que el traductor de ambos volúmenes fue más cuidadoso en el segundo que en el primero.

En punto de historia es prudente anotar que el médico Wallace de quien habla en repetidas ocasiones el Coronel Hamilton, fue el doctor Jorge Wallis quien contrajo matrimonio con doña Baltasara Caldas, hermana del Sabio. Los hijos de este matrimonio a quien se refiere Hamilton sin nombrarlos fueron José Jorge Wallis y Caldas, médico radicado en Popayán, padre de doña Isabel Wallis Obando de Mosquera, y doña Rafaela Wallis de Quijano.

Los datos que traen en sus Viajes el Coronel sobre el doctor Wallace o Wallis, complementan lo que hemos leído en la traducción de los Episodios Nacionales, por W. H. G., Kingsdon, publicada en el Correo del Cauca en 1907, y aclaran muchas versiones carentes de fundamento.

Se afirma en el segundo volumen de la obra que comentamos, que Hamilton visitó la residencia campestre del entonces Coronel Tomás Cipriano de Mosquera que "era hermano del senador que a la sazón desempeñaba el cargo de gobernador de la provincia de Buenaventura". La verdad es que el gobernador de la provincia era el mismo Tomás Cipriano de Mosquera a quien le fue dado el cargo como merecido galardón, aparte de un merecido ascenso militar por su victoria sobre el realista Agualongo. Si Hamilton fue tan amigo de Mosquera, ¿cómo podía ignorar el cargo que desempeñaba en 1824, en la provincia de Buenaventura, que abarcaba el territorio de Barbacoas cuya capital era Izcudandé? ¿Error del texto inglés, o de la traducción? Habría que establecerlo.

Al mencionar a Agualongo hay que hacer seria glosa a otra afirmación que aparece en la traducción del libro de Hamilton quien, al comentar la acción de Barbacoas, dice que el "corajudo" realista proyectaba dominar la población en la esperanza de apoderarse del oro allí almacenado, proveniente de las minas circunvecinas, con el objeto de remitirlo a Bolívar entonces en el Perú para el racionamiento del ejército. Esta afirmación es un desplante, pues Agualongo luchaba por la causa realista y vino a morir en el patíbulo por ella, de manera que no podía proyectar apoderarse del oro de Barbacoas para enviárselo al Libertador. ¿Cómo dejó pasar el traductor de la obra de Hamilton semejante inexactitud?

Hamilton incurre en error al hablar de don Manuel Mosquera como dueño de extensa propiedad rural, situada entre Popayán y Puracé. Creemos se refiere a don José María Mosquera, hermano de don Marcelino, pues Manuel Mosquera, o mejor dicho, Cristóbal Manuel Mosquera, nació en Popayán, en 1699 y hacía muchos años había pasado a mejor vida cuando Hamilton estuvo en la capital del Cauca.

Observa Hamilton que "todas las haciendas del Valle tienen su capilla y un capellán que celebra la Misa para los negros y los oye en confesión. Fácilmente se echan de ver las ventajas que ofrece este hábito piadoso, pues si algo se anda tramando entre los negros, es lo más probable que el cura lo descubra en el confesionario. Aquí faltó también una nota del traductor para aclarar que la confesión no es un hábito piadoso sino un sacramento, y que equivocado andaba el autor de los Viajes no solo al ignorar lo anterior sino en creer que el sigilo sacramental de la confesión no existe, como no existen los sacramentos para los anglicanos a los cuales pertenecía el Coronel Hamilton.

En su recorrido por el Municipio de Inzá menciona Hamilton el río Ojuelos, "de impetuosa corriente". Este río es una novedad, y posiblemente se trata de algún riachuelo. Pero es interesante

que el viajero haga referencia a una laguna de aspecto sombrío, que bien pudiera compararse a la Estigia, ya que da nacimiento al río *Ojuelos*.

En la excursión a Coconuco dice el Coronel que con dificultad vadearon el río del mismo nombre. No existe el río Coconuco. Lo confundió con el Cauca. En esa región, muy fría por su altura, encontró Hamilton una terrible serpiente venenosa llamada "guascaína" o "guarcaiña". Al parecer, con el correr del tiempo, han desaparecido las serpientes venenosas en los climas fríos.

El Coronel Mosquera, según Hamilton, lo obsequió en Coconuco\* con una cerbatana con algunos dardos enherbolados. Estos dardos se empozoñan (sic) con un líquido acuoso que exuda el lomo de un sapo verde, abundante tanto en la provincia de Buenaventura como en la del Chocó". El famoso sapo no es verde sino rojo y, realmente su veneno es poderoso. El señor Sneider, notable hombre de ciencia y Director del Museo de Historia Natural de la Universidad del Cauca, nos mostró en Popayán un ejemplar, y nos refirió que un dardo envenenado con la piel del animal, y conservado a la intemperie por varios meses, fue suficiente para dar muerte violenta a un novillo.

Se refiere Hamilton al Páramo de Soltaría en lugar de hablar del de Sotará que forma parte, según anota, de la Cordillera de Chiequio, afirmación que merecía una aclaración por parte del traductor de la obra.

Al citar los conventos e iglesias de Popayán, menciona el Coronel, entre los primeros, a San Francisco, San Agustín, Santo Domingo y San Caucias. Este Santo es otra novedad en el santoral. Sin duda se refiere Hamilton a San Camilo. No existe en la capital del Cauca la iglesia de Belem o la Ermistad. Son dos templos distintos: el de *Belén* y el de *La Ermita*.

En lugar de Piendamón ha debido decir Piendamó. En vez de Killacho, que no existe, ha debido escribir Quilichao. Tampoco existe el río Pelo sino el Palo, ni en sus aguas se encuentra la sevilleta sino la bien conocida *sardinata*.

Es sensible que el traductor de la obra no hubiera aclarado en qué lugar corre el río *Hinatura* de "cuyos playones se lava (sic) en busca de oro que, por lo demás, se encuentra en muy pequeñas cantidades".

Sabíamos de *Izcuandé*, antigua capital de provincia, pero creemos que todos ignoramos que Catana fuera la capital de la provincia del Chocó en 1824. En la isla del Tablar, en la ciénaga del municipio Olaya Herrera, que desagua en el brazo de Simití, en el antiguo departamento de Bolívar, es

conocida la mencionada ciénaga con el nombre de Catana, y este nombre no ha existido, ni existe, en otros lugares de Colombia. No figura, al menos, en el excelente Diccionario Geográfico del doctor Eugenio J. Gómez, publicado por el Banco de la República.

¿Qué se haría el lago de Buga, "situado a tres millas de la ciudad", que cita Hamilton? ¿Y por dónde andará el "pájaro que allí se llama gaceones, de seis pies de alto, cuello rojo y pico negro y que parece ser el mismo que se conoce con el nombre de capitán, en el río Magdalena? ¿No habrá una confusión del *pescado capitán* con la *gallineta*?

Con el lago de Buga, resulta también perdida ahora la ciudad de Citará, en el Chocó. En el municipio de Istmina existe el riachuelo Citará, en los límites del Chocó con Caldas. Pero la ciudad de Citará ¿qué se hizo? ¿Qué fue de la ciudad de las Pastas? Fácil hubiera sido para el traductor corregir Las Pastas por Pasto, como lo era aclarar el nombre de las minas de Supía y Marmato en lugar de dejar pasar aquello de la Vega de la Supia, o de citar los páramos de Cacuana y Banegar, desconocidos. Han debido aclararse también los nombres de los ríos Quindío y San Juan, éste cerca de Ibagué, según Hamilton, confundido seguramente con el Combeima ¿Qué sería de la población Valdequi, que debió existir cerca a Girardot? Muy dispendioso sería continuar con la anotación de errores como los anotados que abundan en la traducción de los Viajes, publicada recientemente.

¿Para qué escribir "popayanejos" en lugar de payaneses"? De esto no tiene la culpa Mr. Hamilton, como no la tiene, por error involuntario de su parte, al referirse a Saberno, Morillo y Morales, confundiendo al primero, que no existió, con don Juan Sámano. Tampoco puede culparse al autor de los Viajes por la cita que hace del juez superior señor Barcla. Juzgamos que no fue el Coronel Hamilton quien confundió las llamadas quimbas con las alborgas, "especie de sandalias que cubren la planta del pie y parte de los dedos y que se ajustan con dos cuerdas que, prendidas al talón, se atan sobre el empeine" ¿Se tratará de una alusión al alborgue, instrumento musical pastoril de viento, que tiene sonidos parecidos a los que producen las quimbas mojadas al afianzar el pie?

Entre los muchos nombres de personas y de lugares errados que han debido corregirse en la traducción, hay otros que omite el autor y a los cuales hace referencia como sucede con la hermana del Sabio Caldas que se hizo religiosa. Se trata de Sor María Nicolasa del Convento de la Encarnación. Así de varios otros que hubiera sido deseable que en notas bien puestas hubiera aclarado el traductor para facilidad de comprensión de los lectores.

Dice el traductor que en el lugar cercano al río Mondono, otra arteria fluvial desconocida, "al pasar por allí los españoles" meses antes, habían arramblado con ovejas y ganado para vengarse del dueño de la hacienda que era un popayanejo decidido y patriota". El verbo arramblar tiene especial significación y no se entiende cómo puede arramblarse un terreno con ovejas y ganado. Por otra parte existe el ganado lanar, el caballar, etc.

Muchos son los descuidos que pueden anotarse a la traducción de los Viajes del Coronel Hamilton en materia que toca con el idioma. En los dos volúmenes corren giros inaceptables, abuso del sujeto, palabras tergiversadas como alfandoque por alfandoque, que no son justificables. Por ejemplo, en el volumen segundo puede leerse el siguiente párrafo: El Convento de Franciscanos en que nos alojábamos, junto con los terremotos que le pertenecían, había sido destinado..." O este otro: "Unas distinguidas señoritas llevaban además adornos de flores artificiales confeccionadas por los mismos delicados dedos, y tengo por seguro que lucirían con chic en la cabeza de la más refinada beldad parisiense *Et sic de coeteris*.

Persona de los conocimientos y méritos científicos del Padre Pérez Arbeláez podrían, ya que no lo hizo el traductor de los Viajes, aclarar lo de la diversidad de plátanos, de las clases- llamadas ataheite, azaranfado y manteguillo, citados por Hamilton. Y sería muy interesante que el mismo Padre Pérez Arbeláez, botánico distinguido, o el doctor Emilio Robledo, hicieran una aclaración sobre el siguiente procedimiento para beneficiar el oro, que parece sustituye al conocido de la cianuración. Dice Hamilton que los naturales del país colocaban el mineral de oro "en una palangana o perol hecho de cuero inclinado levemente sobre unas bateas, y vertían luego, poco a poco y suavemente sobre una de las bateas, el zumo de la hierba (cierta yerba que casi siempre se encontraba en las cercanías de las minas) sobre el residuo de arena y oro, con lo cual la arena queda en la batea y el polvo de oro pasa a la palangana de cuero. Entonces, valiéndose de un tizón encendido, una negra se encarga de secar el oro, pasándolo después a un papel" Este procedimiento no muy claro de entender en la descripción transcrita, lo vio emplear con éxito el Coronel Hamilton en las minas del señor Arboleda, en el Cauca. ¿De qué yerba se trata?

Muchas otras glosas podríamos hacer a la traducción de los Viajes del Coronel Hamilton, pero bastan las consignadas anteriormente para demostrar el descuido imperdonable del trabajo realizado. De los Viajes de Hamilton se habría podido hacer una obra excelente, respetando la verdad histórica, el idioma, la geografía, nombres de personas importantes, etc. etc. Pero no queremos concluir sin agregar otra rectificación importante: El Rivera a quien se refiere Hamilton es

el distinguido científico peruano don Mariano Eduardo de Rivero, naturalista, matemático y químico, que fue contratado por Zea en Europa, juntamente con Boussingault, Roulin, Goudot y Bourdon, y quien dirigió por algún tiempo, con excepcional celo y eficacia, el Museo Nacional.

